

Real orden de S. M.  
al Consejo de Cas-  
tilla y respu-  
esta de este.

Real cédula de  
el Consejo de  
esta y de  
esta y de

mi  
con  
por  
an  
se  
vi  
mu  
ni  
en  
Con  
de  
jiv  
E  
cele  
cre  
au  
ton  
pri  
del  
la  
el  
qu  
su  
me

Real orden de S. M. comunicada por el Ex<sup>to</sup>  
Señor Secretario de Estado y del Despacho de Gra-  
cia y Justicia al R<sup>el</sup> y Supremo Consejo y Car-  
marade Castilla en 12 de Octubre 1801.

15485

Llega al mas alto punto la desazon que turba  
mi paternal corazón, quando considero el grande descuido  
con que procede el mi Consejo en los puntos de la mayor im-  
portancia, tanto mas para conmigo, como para mis  
amados vasallos. El notorio perjuicio en la infausta  
sentencia que acaba de sufrir uno de estos en el pleyto  
visto por mi Consejo pleno en 3 de Octubre es para  
mi una prueba nada equívoca del poco pulso y  
ninguna premeditación, con que procede el mi Consejo  
en casi todas sus decisiones. El Rey creia tener un  
Consejo, que fuese el apoyo de su corona, compuesto  
de individuos tales que le pudiesen aconsejar y diri-  
gir en los asuntos mas graves y de la mayor entidad.  
El Rey creia tener en su Consejo unos ministros sabios,  
celosos e infatigables por la causa de la nación. El Rey  
creia que estos ministros tan dignos en tiempo de su  
augusto padre (que Dios goce) eran incapaces de  
torcer su vara por nadie. El Rey creia que el  
primer Tribunal de la Nación era el santuario  
del honor. El Rey creia que en su Consejo no tenian  
lugar el mas remoto las intrigas y las pasiones.  
El Rey creia en fin que en su Consejo le evitaria  
quantos disgustos y desazones pudieran turbarle  
su sosiego y tranquilidad. Pero el Rey ve enteramente  
frustradas sus esperanzas. Las instancias, las

repetidas apelaciones justas de muchos de mis amados  
varallos ante mi mismo trono, y las sospechas no  
infundadas de algunos de los que mas me cercan,  
me parecen ser una causa bastante legitima para  
confirmar en todo el poco peso, que debe darse á  
sus resoluciones. Tengo motivos superabundantes  
para respirar indignacion contra mi consejo todo.  
El pleyto votado en 3 de Setiembre último, es decir,  
su infausta sentencia ha desazonado mi paternal  
corazon en gran manera. Solo quatro de sus  
miembros Ministros han sido los que han sabido  
mantener el único equilibrio. Quando mi soberano  
corazon está mas agoviado con los males que  
amenazan á mis amados reynos; quando po-  
dria ayudarme y darme consuelo (pues lo nece-  
sito mas que nunca) es quando por todo esto lo pro-  
cura acrecentar mi dolor. El interes, la ignorancia,  
y las pasiones se han introducido, digámoslo así,  
en medio de mi Consejo, y han captado las volun-  
tades de muchos de los Ministros que le componen.  
En atencion á esto quiero, ordeno y mando que en lo  
sucesivo toda sentencia dada por mi sala de Mil  
y quinientas en las causas decisivas y contenciosas  
no se proceda á su execucion sinque antes se me re-  
mitan á mí, para que se vea por mi Secretario de  
Estado y del Despacho universal, declare este ó quien  
yo determine, si está fundada en derecho ó no. Tenga-  
se entendido en mi Consejo dándola á esta mi Resolución  
su debido cumplimiento.

Respuesta dada y acordada en el R.<sup>o</sup> y su-  
premo Consejo y Cámara de S. M. en con-  
textacion a la anterior orden.

Leída que fué la R.<sup>o</sup> orden de S. M. en consejo  
pleno con asistencia de los fiscales, no pudieron  
ménos los Ministros, que le componen, de prorumpir  
en un continuo y amargo llanto. Meditada que  
fué la expresada R.<sup>o</sup> orden con un prolijo y atento  
exámen en la Persona del Excmo S.<sup>o</sup> Conde de Montarco  
su Gobernador, acordó el Consejo pleno debía con-  
textarle á S. M. en términos suaves y análogos, man-  
teniendo siempre el Consejo pleno aquella dignidad  
y soberanía que no ignora S. M. tiene por pri-  
mitiva constitucion. Quando el Consejo pensaba, Se-  
ñor, tener en V. M. un asilo y refugio qual es ne-  
cesario contra el inmenso torrente de contradicciones,  
tiene el desconsuelo y amargura de verse abatido y  
ultrajado por su propio Soberano; pero no puede  
el Consejo creer que en el heroico corazon de S. M.  
quepa un ultrage tal. No ignora el Consejo qual  
haya sido la vil y abominable pluma, que usur-  
pando el sagrado nombre de V. M. ha escrito ó  
dictado la expresada R.<sup>o</sup> orden. La sentencia dada  
por el Consejo en el pleyto visto en 3 de Setie  
de este año, de que hace mencion V. M. es justi-  
sima por todo estilo, y el Consejo es capaz de  
hacerlo ver á V. M. por quantos códigos deuris-  
prudencia existen en la Nación. El que á V. M.

ha pretendido hacer ver lo contrario es un vil  
seductor, que fuera mejor para el bien comun se  
le hubiera confinado diez ha en el último rincón  
del universo; pero dexemos esto, pues bien conoce el  
Consejo no es razon oportuna para internarse en  
asuntos tales. Dice S. M. en su R. orden hallarse  
agobiado en gran manera su paternal corazon con  
los continuos males que amenazan á sus amados reij-  
nos. Dice bien S. M. Males amenazan á su amado  
reyno, y males, Señor, que llegarán hasta el  
augusto trono de S. M. ¿Desde quando, Señor, se  
halla nuestra amada patria en un estado tan  
deplorable? Desde que S. M. ha acortado las facultades  
soberanas, que deben residir en su Consejo. Si,  
Gran Señor; desde que el Consejo se halla despojado  
de aquel poder legislativo, que por primitiva crea-  
cion tiene. Desde aquella época ha ido decayendo mas  
y mas nuestra sabia monarquía. El Consejo vé  
con harto dolor de su corazon ante sus mismos ojos  
la destruccion de estos reynos y lo que es mas (tiem-  
bla el Consejo de proferirlo) la exécrable inaccion  
del Augusto trono. Recorra S. M. si gusta, la histo-  
ria de los Emperadores Romanos y entre ellos en-  
contrará un Julio-Cesar cosido á puñaladas en  
medio del Senado y en su mismo trono por dos vil-  
les asesinos, á quienes habia otorgado de beneficios el  
héroeico corazon de aquel monarca; Si, Gran Señor,  
por sus mas favorecidos y enalzados. Despierte S. M.  
de ese profundo letargo, en que yace sumergido tanto

tiempo há. Y es hora, Señor, que la España mire por su pausa propia. Deseche S. M. (le replica el Consejo) esos viles seductores que le rodean, restituyéndole, Señor, V. M. su antiguo poder y dignidad, y de lo contrario la esperanza, fiador seguro y criterio en las opiniones encontradas acreditará el sentir, el sentir común del Consejo, es decir, la destrucción de nuestros reynos. No puede ménos el Consejo, de hablar a V. M. con esta claridad, ropena de gravar enormemente la conciencia de los ancianos Ministros que le componen. Si S. M. no interpone toda su autoridad y poder para atajar estos males; si no deaxa obrar á su Consejo como Real Soberano que es de la Nación, bien pronto tendremos los Españoles el desconsuelo de vernos nosotros, nuestras mugeres y nuestros hijos hechos esclavos de nuestros vecinos y comarcanos. En quanto á lo que V. M. dice en su R. orden de que todas las sentencias dadas por la sala de S. M., antes de la execucion, se remitan á V. M. para ser notadas por su Secretario de Estado y del Despacho universal, ha acordado el Consejo pleno que, mientras subsista tal, no debe permitir ser rescindido por ningun particular: el Consejo, Señor, es un Soberano por constitucion nacional, y como tal no deben ser sus decretos juzgados por ningun vasallo. Esto es quanto al Consejo le parece debe contestar á V. M. en respuesta de su R. orden; V. M. por las Leyes del alto y supremo Consejo hará lo mejor que le parezca, pues siempre el Consejo ha salido el R. y acertado parecer de V. M.

